

PRÓLOGO

Manuel Alvar

De la Real Academia Española

Nunca se ha intentado en España una obra toponímica como ésta. Al menos en los logros que se van consiguiendo, pues tareas semejantes se han procurado en Aragón y se han logrado en La Rioja, pero dudo que nunca se haya tratado un trabajo de las pretensiones del que ahora me ocupa, pues, al carácter exhaustivo que debe presidir estos quehaceres, se añaden muchos intentos de asaelear el estudio desde diversos puntos de vista. Porque no se trata sólo de la recogida y ordenación de unos materiales, sino, además, de un estudio previo que es un programa para muchos trabajos. Creo estar autorizado a emitir un juicio de valor, pues durante varios años dediqué mis vacaciones a caminar por las islas para allegar esa imprescindible información. En dos artículos que publiqué en *Geographica* (uno en colaboración con mi discípulo Julio Fernández-Sevilla, cuya trágica muerte nunca lloraremos bastante; los dos ahora reeditados en mis *Estudios Canarios II*) expuse la metodología que aplicábamos, comenté los materiales allegados y el sistema de ordenación de los topónimos, pero reduje mis informes a las islas de Fuerteventura y Lanzarote. Jóvenes licenciados me acompañaron en aquellas apasionantes tareas, y nos quedaron sin rastrear las islas de Tenerife y Gran Canaria (por más «fáciles»). Llegaron nuevos tiempos, hubo dificultades económicas, los filólogos se dispersaron y el proyecto quedó durmiendo un largo sueño. Cajas y cajas de papeletas dan fe de un esfuerzo que ahora vemos repetido y al que, de corazón, deseo el más feliz de los resultados.

Digo que puedo ser testigo de excepción para comprobar el ingente trabajo que han llevado a cabo Maximiano Trapero, Javier Suárez y su equipo. Una sana envidia me obliga a ser justo y equitativo, pues tener dispuestos tres volúmenes sobre la toponimia de la isla de Gran Canaria produce una honda admiración. Por eso el estudio del Prof. Trapero es de una riqueza impresionante y, además, llevado a cabo con el más implacable rigor; ello permite tal cantidad de análisis que el lector queda anonadado. Baste un frío dato numérico: el mapa militar 1:25.000 tiene recogidos 2.400 términos; los que han registrado estas investigaciones son 12.800. Y no voy a insistir: esos mapas de que disponíamos eran —lo he señalado ya— de dudoso valor, pues tantas eran las inseguridades en la transcripción, las castellanizaciones, las modernizaciones, etc. Más de una vez pienso en la falta de rigor que presentan estos mapas por muy valiosos que en sí sean, y lo son mucho. Con nostalgia veía trabajar a los colegas de otras partes. Un pequeño país como Suiza hacía levantamientos semejantes, pero junto a técnicos de cartografía, geografía, botánica, etc., iba un lingüista de altísimo prestigio: Johannes Hubschmid. (Hubschmid acaba de morir y Kurt Baldinger le ha dedicado un noble y emocionado recuerdo). Este sueño de recoger los materiales lingüísticos (no se olvide: la toponimia es una disciplina lingüística) con el rigor de nuestra ciencia es lo que ahora ha venido a cumplirse, aunque pueda comentarse (discrepar no) la justeza del sistema de transcripción fonética. Creo que podría estudiarse un método en el que el máximo rigor se cohonestase con dobles que sirvieran a quienes no son gentes de nuestro oficio.

Las observaciones del Prof. Trapero son justas: «en este sentido, nuestro trabajo representa el estudio de una unidad geográfica total y finita. Pero, además, cada isla del archipiélago canario se constituye en un 'micromundo' toponímico, por aplicación del micromundo geológico y biológico que desde su origen ha sido y, por extensión, por el micromundo histórico-cultural y lingüístico que se ha desarrollado dentro de cada una de ellas». Estas palabras tan sencillas son todo un amplio plan de trabajo que debe irse desarrollando, los futuros investigadores ya saben a qué atenerse, pero en estas —muchas— palabras liminares se ha pensado en cuanto podrán hacer quienes vengan después. Y de

entrada una originalidad sobre la que debe meditar: la etimología, fundamental en los estudios de toponimia, no es al solo fin al que el investigador debe enderezar sus pasos, pues hay tareas previas (la transmisión oral y la escritura) que deben resolver las dificultades inherentes a la propia recogida de materiales, según ya he referido. De ahí las mil correcciones que se proponen, unas curiosas, otras divertidas, todas oportunas. Esto plantea un ambiciosísimo proyecto para caracterizar lingüísticamente a las modalidades canarias y, por ende, desde esa perspectiva del habla, reconstruir un punto de partida riguroso sobre el enmarque de la toponimia en un ordenamiento de saberes. Fijados los hitos es necesario establecer el modelo o los modelos clasificatorios de los apartados en que deben ordenarse ese aluvión de formas que vamos a recibir. (No veo ninguna clasificación de las propuestas como una panacea ideal. Más aún, pienso que el ordenamiento se debe hacer *a posteriori*. No olvidemos que la ciencia es cuestión de *postceptos* y no de *preceptos*).

De la inmensidad de datos allegados, merece especial consideración, como era de esperar, la acción del sustrato prehispanico y del adstrato portugués. Aportaciones posteriores me parecen de muy escaso interés. Pero veo como una gran acierto el valor que se presta a la recogida de términos aborígenes, cuyo estudio (lexemas, morfemas) permitirá explicaciones que no siempre fueron acertadas en trabajos beneméritos como los de Alvarez Delgado o Rohlf. Claro que ese interés no empaña otros muchos que Trapero bien señala: los arcaísmos peninsulares y los dialectalismos (el estudio de *arveja*, por citar un ejemplo aducido ha dado lugar a trabajos, no siempre felices, en Portugal; la presencia de *monte* frente a *bosque* nos hace pensar en un brillantísimo estudio de Paul Aebischer). Frente a estos procesos de adopción y adaptación de los términos allegados está el de creación de las Islas. Dicho con otras palabras, la aparición de los canarismos y su inevitable secuela de qué es un canarismo y el fondo histórico que no se puede soslayar (Andalucía, Portugal, América, y las costas africanas). Aquí todo un proyecto apuntado y, en buena parte, realizado. Pero quedan las valoraciones afectivas, las metáforas, los zoónimos y los fitónimos, que son estudiados por Víctor Montelongo, la historia, analizada por Manuel Lobo, y la geografía, por Angela Castellano y Soledad Ojeda, sobre una clasificación efectuada por Ana Romero. Y el texto primero de Javier Suárez, tan sugerente, y por lo que muestra del método seguido, tan ejemplar. Si un elogio puede hacerse es que estos trabajos no desdican del de Maximiano Trapero.

Y no me he ocupado del mundo de los ordenadores: abren tantas perspectivas que hacen de esta *Toponimia* un saco sin fondo para seguir investigando.

La bibliografía aducida es mucha, muchísima si se compara con la de Homero Serís y, como va ocurriendo con harta frecuencia, las Islas Canarias se ponen en cabeza de las investigaciones españolas (la propia bibliografía lingüística en una utilísima compilación, la espectacularidad de su lexicografía, la sociolingüística, etc.). Parece increíble que la creación de dos Facultades con nuestra especialidad haya producido frutos tan inmediatos y sazonados. Nos alegra por más que fuera previsible. Recuerdo unos comentarios del maestro Rafael Lapesa sobre lo que ocurrió hace unos años (muchísimos para los protagonistas) en las Universidades de Oviedo y Granada. Ahora asistimos a este espléndido espectáculo que nos brindan los jóvenes investigadores canarios. El azar me llevó un día de febrero de 1954 a las Islas; unos años más tarde fueron —serán hasta el postrer suspiro— mis Islas. Si he hecho nacer entusiasmo en quienes han venido después, creo que me justificará el haber vivido.

Quedan en tus manos, amigo lector, unos inmensos materiales para que medites y estudies; quedan los fundamentos teóricos para su buen aprovechamiento y una voluntad, ahora el aforismo no resulta metafórico, capaz de mover montañas.